de la muerte, del juicio, del infierno y de la pérdida del cielo. ¡Ah! H. M., si tuviésemos el acierto de orar siempre bien, pronto seríamos unos santos penitentes. Vemos que San Hugo, obispo de Grenoble, nunca se cansaba de rezar el Padre nuestro. Se le dijo que aquello podía contribuir a aumentar su dolencia: "¡Ah!, no, respondió; al contrario, esto causa alivio".

Hemos dicho, H. M., que la tercera condición que debe reunir la oración para ser agradable a Dios, es la perseverancia. Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos. Ved a San Agustín implorando por espacio de cinco años la gracia de su conversión. Ved a Santa María Egipcíaca ocupándose durante diecinueve años en pedir a Dios que la librase de recaer en las torpezas pasadas. ¿Qué hicieron, pues, los santos? Perseveraron constantemente en sus peticiones y, por su constancia, obtuvieron siempre lo que pedían a Dios. Y nosotros, aunque llenos de pecados, si Dios no nos otorga al momento lo que le pedimos, pensamos que no quiere concedérnoslo, y dejamos enseguida la oración. No, H. M., no es ésta la conducta que observaron los santos respecto al particular: ellos se consideraron siempre indignos de ser escuchados favorablemente por Dios, creyendo que, si El accedía a sus ruegos, era a impulsos de su misericordia, mas no en vista de sus méritos. Digo, pues, que al orar, aunque Dios parezca no escuchar a nuestras oraciones, nunca hemos de abandonarlas, sino continuar con gran constancia. Si Dios no nos concede lo que pedimos, será para otorgarnos otra gracia más provechosa para nosotros que la que pedimos. Un ejemplo de la manera como debemos insistir en nuestras oraciones nos lo ofrece aquella mujer cananea que se acercó a Jesucristo para implorarle la curación de su hija. Ved su humildad, su perseverancia, etc... Citaré también otro ejemplo admirable de lo que puede la oración. Leemos en la historia de los Padres del desierto que, habiendo los católicos de una ciudad vecina ido a encontrar a un santo cuya fama estaba muy extendida por aquellos países, a

fin de pedirle que los acompañase para ver de confundir a cierto hereje cuyos discursos seducían a mucha gente, aquel santo se puso a discutir con el desgraciado, sin poderle convencer de que no llevaba razón y de que era un desgraciado que parecía sólo haber nacido para perder las almas; viendo que, con sus sofismas y rodeos, continuaba en la pretensión de hacer creer a los demás que la razón estaba de su parte, el santo le dijo: "Desgraciado, el reino de Dios no consiste en palabras, sino en obras; vamos los dos al cementerio, junto con toda esta gente, que servirán de testigos; invocaremos ambos a Dios ante el primer muerto que hallemos, y nuestras obras darán razón de nuestra fe". El hereje quedó corrido ante aquella proposición, sin atreverse a acudir al reto; mas propuso al santo aguardar al día siguiente, a lo cual éste accedió. El día señalado, el pueblo, afanoso de ver en qué pararía aquello, se dirigió en masa al cementerio. Esperaron todos allí hasta las tres de la tarde; mas en aquella hora el santo tuvo noticia de que su adversario había huido por la noche y tomado el camino de Egipto. Entonces San Macario, que así se llamaba el santo, llevóse al cementerio a todo aquel gentío que estaba esperando el resultado de la controversia, procurando sobre todo que estuviesen presentes aquellos a quienes el desgraciado hereje había seducido. Paróse ante una tumba, y en presencia de todos los que le rodeaban, se arrodilló, oró unos momentos, y, dirigiéndose al cadáver que de años estaba enterrado en aquel lugar, habló así: "¡Oh hombre!, escúchame: si aquel hereje hubiese venido aquí conmigo, y delante de él hubiese yo invocado el nombre de Jesucristo mi Salvador, ¿no te habrías levantado para dar testimonio de la verdad de mi fe?" A estas palabras, el muerto se levantó y, en presencia de todos, dijo que lo hubiera hecho al momento tal como lo hacía entonces. San Macario le dijo: "¿Quién eres?, ¿en qué edad del mundo viviste?, ¿tuviste conocimiento de Jesucristo?" El muerto resucitado respondió que había vivido en tiempo de los más antiguos reyes; pero que nunca había oído pronunciar el nombre de Jesucristo. Entonces, viendo San Macario que todo el mundo estaba ya plenamente convencido de que aquel desgraciado hereje era un falsario, dijo al muerto: "Duerme en paz

hasta la resurrección general". Y todo el mundo se retiró alabando a Dios, que de una manera tan elocuente había hecho conocer la verdad de nuestra santa religión. San Macario retornó a su desierto para continuar las penitencias a que se entregaba (1).

¿Veis, H. M., la eficacia de la oración cuando ella se hace con las debidas condiciones? ¿No convendréis conmigo en que, si no alcanzamos lo que pedimos a Dios, es porque no oramos con fe, con el corazón bastante puro, con una confianza bastante grande, o porque no perseveramos en la oración cual debiéramos? No, H. M., jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le piden sus gracias debidamente. Sí, H. M., la oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, perseverar en la gracia, mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, ya por lo que hace a nuestras necesidades temporales.

De aquí concluyo que, si continuamos en pecado, si no nos convertimos, si nos inquietamos tanto por las penas que Dios nos envía, es porque no oramos u oramos defectuosamente. Sin la oración no podemos frecuentar dignamente los sacramentos; sin la oración no conoceremos nunca el estado a que Dios nos llama; sin la oración no podremos librarnos del infierno; sin la oración jamás participaremos de las delicias que podemos disfrutar amando a Dios; sin la oración todas las cruces que nos sobrevengan quedan sin mérito. ¡Oh!, ¡de qué goces disfrutaríamos si supiésemos orar debidamente! No oremos, pues, nunca, sin considerar primero atentamente a quién hablamos y lo qué queremos pedir a Dios. Oremos sobre todo, H. M., con humildad y confianza, y con ello tendremos la dicha de alcanzar cuanto deseemos, siempre que nuestras peticiones se conformen con el espíritu de Dios. Esto es lo que os deseo... (Sermón sobre la oración.)

1. Todos los males que sufrimos en la tierra nos vienen precisamente porque no oramos o porque lo hacemos mal...;

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II. San Macario de Egipto.

pues con la oración, todas las penas se deshacen como la nieve ante los rayos del sol... Con la oración todo lo podemos, somos dueños, por decirlo así, del querer mismo de Dios...

No nos extrañe, pues, que el demonio haga todo lo posible para movernos a dejar la oración o la hagamos mal, pues sabe mejor que nosotros cuánto daño hace al infierno y cómo no es posible que Dios pueda negarnos las gracias que le pedimos al orar. ¡Oh, cuántos pecadores dejarían el pecado si acertasen a recurrir a la oración...!

2. No debemos dejar nunca la oración, aunque no experimentemos gusto al orar. Por el contrario, hemos de pensar que, cuanto más pesada la sintamos, más meritoria será nuestra oración a los ojos de Dios, si perseveramos en ella con la intención de agradarle.

Refiere la historia que en cierta ocasión un santo decía a otro santo: "¿A qué será debido que mientras oramos, nuestro espíritu se llena de mil pensamientos y distracciones ajenos a la oración, los cuales no nos acudirían si no estuviésemos ocupados en la oración?" El otro contestó: "No te extrañes, amigo mío, pues el demonio sabe las abundantes gracias que por la oración conseguimos, y, por eso, hace todo cuanto puede para que no oremos o lo hagamos mal; por eso, cuanto mayor es nuestro fervor con que oramos, tanto más excitamos su furor"...

3. Por muchas que sean las penas que tengamos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, seguro que venceremos si recurrimos a la oración...

Hemos de orar con frecuencia, pero en las horas de la prueba debemos redoblar nuestra oración, y principalmente en la hora de la tentación...

Para que la oración sea agradable a Dios y provechosa para el que ora, es preciso estar en estado de gracia, o al menos tener una firme resolución de salir cuanto antes del pecado, puesto que la oración del pecador que no está arrepentido, es un insulto hacia Dios...

La oración es luz que abre los ojos del alma, hace sentir la magnitud de nuestras miserias, la necesidad de recurrir a Dios y de tener la propia debilidad...

14. *Debemos orar con confianza*, pues jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le pidan sus gracias debidamente...

Nuestras oraciones han de ser hechas con confianza y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente...

Vemos muchas veces que Dios no nos concede enseguida lo que le pedimos; pero esto lo hace para que deseemos sus gracias con más ardor y para que las apreciemos mejor en lo que valen. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone para recibir más abundantemente lo que pedimos... (Sermón sobre la Oración).

5. *Hermosa obligación del hombre: orar y amar*

Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquél que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración, hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

6. Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurra tan a prisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración. Mirad: cuando era párroco en Bresse, en cierta ocasión, en que casi todos mis colegas habían caído enfermos, tuve que hacer largas caminatas, durante las cuales oraba al buen Dios, y, creedme, que el tiempo se me hacía corto.

Hay personas que se sumergen totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y Santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con él, del mismo modo que hablamos entre nosotros.

Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: "Sólo dos palabras, para deshacerme de ti..." Muchas veces pienso que, cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.

(A. Monnin, Esprit du Curé d'Ars, París, 1899, pp. 87-89).

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA (m. 1862)

San Gabriel de la Dolorosa fue un religioso Pasionista, que se distinguió por su acendrada devoción a la Santísima Virgen bajo la advocación de la Virgen Dolorosa.

1. *La Virgen es nuestra Madre.*—Yo tengo una Madre que, por grande que sea mi indignidad, me ama, y se desvela por mí... En tus manos, Señora, deposito mi suerte.

Si poseemos a María, con Ella lo tenemos todo; pero si Ella nos faltase, nos faltaría todo. Pues si María nos defiende, ¿quién podrá dañarnos?

2. *Consideremos cuál es nuestro amor a María.*—Me examinaré sobre mi devoción a la Santísima Virgen y, si me encontrare algo resfriado, procuraré enfervorizarme cada vez más... No me preocuparé de otra cosa que de bendecir y ensalzar la mano misericordiosa de la Virgen María, que Ella me libró de los peligros del mundo. Pues si Ella me protege, ¿quién podrá vencerme? *(Melús. Orar con María).*

SANTA MICAELA DEL SANTISIMO SACRAMENTO (m. 1865)

Santa Micaela, Vizcondesa de Jorbalán, la "loca del Santísimo Sacramento", *en 1857 fundó en Madrid la Congregación de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, a las que Dios da fecundidad prodigiosa, y hoy son en España cerca de dos mil religiosas.*

1. Nunca hay razón para suspender o abandonar la oración... La calidad de la oración se aprecia por los frutos que recojamos, los cuales no se aprecian mientras estamos en la oración, sino después en la práctica de las virtudes. Ni se destruye lo dicho porque nos veamos con algunos defectos, pues hasta en esto hemos de conformarnos con la voluntad de Dios que sabe sacar bien del mal y curar así nuestra vanidad y negligencia (Alma de Oración y Apostolado, pág. 285).

2. De la oración sacaba fuerzas y una gran confianza en Dios, que aún tengo hoy. Y a no dudarlo, sin esta gran fe que Dios puso en mi corazón, yo no hubiera podido soportar tantas contrariedades... (Autobiografía, II, pág. 296).

SAN PEDRO JULIAN EYMARD (m. 1868)

San Pedro J. Eymard nació en Francia el 1811, a los 28 años ingresó en la congrega-

ción de los HH. Maristas, donde desempeñó los cargos de P. Superior, Maestro de Novicios, Visitador y P. Provincial, etc. En 1855 el Señor le pide la fundación de una nueva congregación dedicada al culto y adoración del Santísimo Sacramento, la Congregación de los PP. Sacramentinos. Toda su vida y su obra entera gira en derredor del Santísimo Sacramento como Fuente de gracia, al que debemos acercarnos llenos de confianza para recibir misericordiosamente el auxilio de la gracia para el tiempo oportuno (Heb. 4, 16). S. S. Juan XXIII le canonizó en 1962.

1. *¿Qué es orar?*—Orar es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción su divina misericordia, es regocijar, dilatar el amor de Dios para sus criaturas, porque orar es llenar uno de los requisitos exigidos por Dios para conceder sus favores. La oración es, pues, la mayor glorificación de Dios por el hombre. La oración es la mayor virtud del hombre: la que las comprende todas, porque la oración es la que las forma: Es la fe que crece, la esperanza que suplica, la caridad que pide para dar, la humildad que la forma, la confianza que la expresa y la perseverancia que triunfa del mismo Dios... (Obras Eucarísticas, pág. 12).

2. *La oración es la vida del alma.*—Hay en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma; una y otra siguen en su orden las mismas leyes.

La del cuerpo depende, en primer lugar, de la alimentación; cual sea la comida, tal será la salud. Depende en segundo lugar del ejercicio que desarrolla y da fuerzas, y, por último, del descanso, donde se rehacen las fuerzas cansadas con el ejercicio. Todo exceso en una de estas leyes es, en mayor o menor grado, principio de enfermedad o de muerte.

Las leyes del alma en el orden sobrenatural son las mismas, de las cuales no debe apartarse, como tampoco el cuerpo de las suyas.

Ahora bien: la comida, el manjar del alma, así como su vida, es Dios. Acá abajo, Dios conocido, amado y servido por la fe; en

el cielo, Dios visto, poseído y amado sin nubes. Siempre Dios. El alma se alimenta de Dios meditando su palabra, con la gracia, con la súplica, que es el fondo de la oración y el único medio de obtener la divina gracia.

3. *¿Cuánta ha de ser nuestra oración?*—Consideremos que de la misma manera que cada temperamento necesita alimentación diferente según la edad, los trabajos y las fuerzas que gasta: así también cada alma necesita una dosis particular de oración.

Notad que no es la virtud la que sostiene la vida divina, sino la oración; pues la virtud es un sacrificio y resta fuerzas en vez de alimentar. En cambio, quien sabe orar, según sus necesidades, cumple con su ley de vida, que no es igual para todos, pues unos no necesitan de mucha oración para sostenerse en estado de gracia, en tanto que otros necesitan larga oración. Esta observación es absolutamente segura como nos lo muestra la experiencia.

Mirad un alma que se conserva bien en estado de gracia con poca oración; tal vez no tiene necesidad de más; pero estad seguros que no volará muy alto.

A otra, por el contrario, le cuesta mucho mantenerse en gracia si no es con mucha oración, y siente que le es necesario darse de lleno a ella. ¡Que ore esa alma, que ore siempre; pues se parece a esas naturalezas más flacas que necesitan comer con mayor frecuencia, so pena de caer enfermas!

4. Mas hay oraciones de estado que son obligatorias. El sacerdote tiene que rezar el Oficio y el religioso sus oraciones de Regla. Estas nunca es lícito omitirlas ni disminuirlas por sí mismo, de propia autoridad.

La piedad hace que algunos sean religiosos en medio del mundo. A estas almas la gracia de Dios pide más oraciones que las de la mañana y de la tarde. La condición esencial para conservarse en la piedad es orar más. Es imposible de otro modo.

5. Sabéis muy bien que hay dos clases de oración: la vocal y la mental, que es el alma de la primera. Cuando uno no ora, cuando la intención no se ocupa en Dios al orar verbalmente, las palabras nada producen: la única virtud que tienen se la presta la intención, el corazón.

¿Será necesaria la oración mental considerada en su acepción más restringida de meditación, de oración? Es, cuando menos, muy útil, puesto que todos los santos la han practicado y recomendado; es muy útil, porque es difícil llegar sin ella a la santidad.

Esto me conduce como de la mano a decir que hay una oración de necesidad, una oración de consejo y una oración de perfección.

6. *Necesidad de la oración.*—¡Sí, estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación, a orar! Abrid el Evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque ésta tiene que ser proporcionada a la necesidad de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para mantenernos en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes.

Si no lo hacéis, os parecéis a un nadador que no mueve bastante los brazos; seguro que va a perderse. Que redoble sus esfuerzos, que si no su propio peso le arrastrará al abismo. Es lo que hacéis en otras cosas; cada cual se arregla según sus necesidades. ¡Oh! Es algo muy serio esto de proporcionar la oración a nuestras necesidades. ¡En ello va nuestra salvación! ¿Faltáis fácilmente a vuestros deberes de estado? Es que no oráis bastante. ¡Pero si os condenáis! Clamad a Dios. Moveos. La humana miseria ha disminuido vuestra marcha y acabará de echaros completamente por tierra si no resistís fuertemente. Orad, orad mucho, cuanto os haga falta para ser cristianos cabales.

7. *La oración de consejo.*—Esta oración es aquella con que el alma quiere unirse con Dios y entrar en su cenáculo. Aquí hace falta orar mucho, porque las obligaciones de este estado son muy estrechas. Así como en una amistad más íntima son más frecuentes las visitas y las conversaciones, así también quien quiera vivir en la intimidad con Jesús debe visitarle más a menudo y orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Harto mayores combates tendréis que sostener, y por lo mismo os hacen falta mayores gracias; pedidlas para alcanzarlas.

8. *La oración de perfección.*—La oración de perfección es la de aquella alma que quiere vivir de Jesús, que en todas las cosas toma por única regla de conducta la voluntad de Dios. Entra en familiaridad con nuestro Señor y ha de vivir de Dios y para Dios.

Así es la vida religiosa, vida de perfección para quienes la comprenden, en la cual nos damos a Dios para que El sea nuestra ley, fin, centro y felicidad. Todo el contento de semejantes almas consiste en la oración. Ni hay nada de extraño en ello; porque si corta alas a la imaginación y sujeta al entendimiento, Dios en retorno derramará en su corazón abundancia de dulces consuelos. Son raras tan bellas almas; pero, sin embargo, las hay. Y ¿qué no pueden hacer en este estado? Orando convertían los santos países enteros. ¿Acaso rezaban más que ningún otro del mundo? No siempre; pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración, ¡y vaya si era grande, Dios mío!

9. *Y, ¿cuánto debe durar la oración?*—¿Como sabré en la práctica que oro lo bastante tal como corresponde a mi estado? Si veis que adelantáis en la virtud, os bastará la que hacéis. Pues sabemos si nuestra alimentación es suficiente si la digerimos fácilmente y nos proporciona salud tenaz y robusta.

¿Con la oración que hacéis os mantenéis fácilmente en gracia y crecéis en las virtudes? Señal que dirigís bien. Si las alas de la oración os remontan muy alto, la alimentación es suficiente e iréis subiendo cada vez más.

Si, al contrario, vuestras oraciones vocales y vuestra meditación os hacen volar a ras de tierra y con el peligro de dejaros caer a cada momento, señal que no os basta para dominar las miserias del hombre viejo. Eso prueba que oráis mal e insuficientemente. Merecéis este reproche del Salvador: *"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mt. 15).*

¿Qué sucederá? Una tremenda desdicha: ¡Que nos moriremos de hambre ante la regia mesa del Salvador! Estamos ya enfermos y muy cerca de la muerte. El pan de vida ha venido a ser para nosotros alimento de muerte, y el buen vino un veneno mortal. ¿Qué nos queda para volvernos al estado anterior? Quitad al cuerpo el alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

10. *La oración es la vida del alma.*—¿Será posible? Sí, y aun cierto. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y,

¿qué otra cosa es una contrición perfecta que una más perfecta oración?

Tampoco os servirá la Comunión. Pues, ¿qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados?

Y aun caso que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspirarnos de nuevo afición a la oración.

El que ha perdido la vocación y abandonado la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración. Como le arremetieron tentaciones más violentas y le atacaron con más furia los enemigos, y como, por otra parte, había arrojado las armas, no pudo menos de ser derrotado. ¡Ojo a esto, que es de suma importancia! Por eso nos intima la Iglesia que nos guardemos de descuidarnos de la oración, y nos exhorta a orar lo más a menudo que podamos. La oración nos guía: es nuestra vida espiritual; sin ella tropezamos a cada paso y sucumbiríamos sin remedio.

Esto supuesto, ¿sentís necesidad de orar? ¿Vais a la oración, a la adoración como a la mesa? ¿Sí? Está muy bien. ¿Trabajáis por obrar mejor y en corregiros de vuestros defectos? Pues es muy buena señal. Eso demuestra que os sentís con fuerzas para trabajar.

Pero si, al contrario, os fastidiáis en la oración y veis con agrado que llega el momento de salir de la iglesia, ¡ah!, ¡entonces es que estáis enfermos, y os compadezco!

11. *Cuidado con la rutina.*—Se dice que, a fuerza de alimentarse bien, acaba uno por perder el gusto a los manjares más exquisitos y las mejores cosas se vuelven insípidas y no nos inspiran más que asco y provocan náuseas. He aquí lo que hemos de evitar a toda costa en el servicio de Dios y en la mesa del rey de los reyes. No nos dejemos nunca atolondrar por la costumbre, sino que procuremos tener siempre un nuevo sentimiento que nos conmueva, nos recoja, nos caliente y nos haga orar. *¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia!* Siempre hay que tener apetito, excitarse a tener hambre, tener mucho cuidado de no perder el gusto espiritual. Porque, lo repito: nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar.

Vigilemos, pues, sobre nuestras oraciones. (Ibíd. Págs. 370-374).

12. *El espíritu de oración.—"Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración" (Zac. 12, 10).*

Dios, al prometer el Mesías al pueblo judío, caracteriza su misión con estas palabras: "Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración".

Aunque antes de la venida de Jesucristo se oraba y Dios daba la gracia, sin la cual nunca hubiesen podido santificarse los justos; pero esta gracia de oración no era buscada con ardor, ni debidamente estimada. Jesucristo vino como rocío de gracia que cubre toda la tierra y derramó por doquier el espíritu de oración.

La oración, garantía de santidad.–La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma, y aun la misma santidad. Cuando veáis que uno vive de oración, decid: veo un santo.

Siente San Pablo el llamamiento de Dios, y al punto se pone en oración. ¿Qué hace en Damasco durante tres días? Ora.

Es enviado Ananías por el Señor para bautizarle. Iba a resistir un instante a la orden de Dios, temiendo al perseguidor de los cristianos, cuando "vete, le dice el Señor, pues le encontrarás en oración: "*Ecce enim orat*". Ya es un santo, puesto que ora. No dice el Señor: Se mortifica o ayuna, sino *ora*. Quienquiera ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio: a lo mejor se cambia en ángel de luz.

No os fieis de la ciencia, que no es ella la que hace santos. El conocimiento sólo de la verdad es ineficaz para santificar; es menester que se le junte el amor. Pero, ¿qué digo? ¡Si entre ver la verdad y la santidad media un abismo! ¡Cuántos genios se han condenado!

13. *Las obras no prueban mucho.*—Voy aún más lejos, y digo que las buenas obras de celo no santifican tampoco por sí solas. No es éste el carácter que Dios ha dado a la santidad. Aunque los

fariseos observaban la ley, hacían limosnas y consagraban los diezmos al Señor, el Salvador los llama *"sepulcros blanqueados"*. El Evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza y la abnegación pueden juntarse con una conciencia viciosa; así lo atestiguan los fariseos que practicaban las obras, pero no oraban nunca, por más que trabajaran mucho.

Las buenas obras exteriores no constituyen, por consiguiente, la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

14. *Alma de oración, alma santa.*—Si, al contrario, un alma ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados; levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo El es santo y bueno.

En la oración se ejercita también la fe, la esperanza y la caridad. ¿Qué más? Orando ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos hacemos penitencia, nos mortificamos; la imaginación queda subyugada, se clava la voluntad, se encadena el corazón y se practica la humildad. La oración es la mismísima santidad, pues, que encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

15. *La oración es un gran sacrificio.*—Hay quienes dicen: ¡Si la oración no es más que pereza! ¿Sí? Vengan los mayores trabajadores, los que se dan febrilmente a las obras, que pronto sentirán harto mayor dificultad en orar que en entregarse a sacrificarse por cualesquiera obra de celo. ¡Ah! ¡Es más dulce, más consolador para la naturaleza y más fácil y gustoso el dar que el pedir a Dios!

Sí; la oración por sí sola vale más que todas las virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunde y la refresque.

Porque en el plan divino la oración no es otra cosa que la misma gracia. ¿No habéis parado mientes en que las tentaciones

más violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio a la oración que nos dejaría hacer todas las obras buenas posibles, limitando su actividad a impedir que oremos o viciar nuestra oración. Por lo que debemos estar de continuo sobreaviso, alimentar de oración nuestro espíritu y hacer de la oración el primero de todos nuestros deberes.

16. *¿Preferimos la beneficencia?*—No se dice en el Evangelio que haya que preferir la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: *¿Qué le serviría al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma? (Mt. 16, 26).* La primera ley es salvarse a sí mismo y no se salva sino orando. Es ésta, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración..., huimos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración, porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

17. *Es el alimento del alma.*—Si para vivir naturalmente hace falta alimentarse, la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar. Nunca abandonéis la oración, aun cuando fuera preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión. La oración es propia de todos los estados y todos los santifica. ¡Cómo! ¿Dejar la Comunión, que nos da a Jesús, antes que la oración? Sí; porque sin la oración ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

18. Hasta tal punto es la oración ley de santidad, que cuando Dios quiere elevar a un alma a mayor santidad, no le aumenta sus virtudes, sino su espíritu de oración, o sea, su potencialidad. La aproxima más a Sí mismo, y en eso está todo el secreto de la santidad.

Consultad vuestra propia experiencia: cuantas veces os habéis sentido inclinados hacia Dios, otras tantas habéis recurrido al retiro y a la oración. Por eso los santos que conocían la importancia de

la oración, la estimaban más que todo lo demás; suspiraban de continuo por el momento en que quedasen libres para darse a la oración, la cual les atraía como el imán al hierro. Por eso su recompensa ha sido la oración y en el cielo están orando continuamente.

¡Ah, sí, los santos oraban siempre y dondequiera! Esta era la gracia de su santidad, y es también la de cuantos quieren santificarse. Y, lo que vale más, sabían hacer orar a cuantos les rodeaban. Escuchad a David: *Benedícite, omnia opera Domini, Domino, Omnia,* todas las cosas. David presta a todos los seres, aun inanimados, un canto de amor a Dios. ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah, que las criaturas alaban a Dios si nosotros sabemos ser su voz; nosotros debemos alabar por ellas! Podemos animar toda la naturaleza con este divino soplo de la oración y formar con todos los seres creados un magnífico concierto de oraciones a Dios.

19. *El que ora se salva, el que no ora se condena.*—Oremos, por tanto, gustemos de orar; aumentemos de día en día nuestro espíritu de oración. Si no oráis, os perderéis; y si Dios os abandona, tened entendido que es porque no oráis. Os pareceréis al desdichado que estándose ahogando rehúsa la cuerda que se le tiende para arrancarle a la muerte. ¿Qué hacer en este caso? ¡Está irremediablemente perdido!

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino, por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella!

Si os aficionáis a ella en la vida cristiana, os conducirá a la santidad y a la felicidad en este mundo y en el otro. (Ibíd. Págs. 374-377).

20. *El camino de la santidad.*–La primera regla de santidad es la de saber hallar tiempo para el alma; el demonio nos lo hace malgastar.

¡Oración! Oración con Dios, hecha por vosotros mismos: he aquí la primera ley de la santidad.

La segunda: generosidad en cumplir la voluntad de Dios para con nosotros por la propia abnegación, por el amor al deber: obrar por agradar a Dios.

21. *Sed almas de oración.*—¡Vamos! Hora es ya de ser santos. Para llegar a ser grandes santos, sed almas de oración y de gene-

rosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Estrechaos contra Jesús, vuestro Maestro; procurar acercaos a El cuanto podáis y permaneced en su compañía.

El valor es la virtud del soldado; el amor la del niño; la abnegación desinteresada la del apóstol y la del religioso. Adquirid estas tres virtudes que deben ser la trinidad de vuestra vida.

La fuerza nace del amor: amad, por tanto; el amor se nutre de la oración; sed almas de oración; pero de una oración que sea vuestra, afectuosa, recogida y edificante, que guste a Dios, que se alimente de Dios, que aspire siempre a lo desconocido de la verdad, de la bondad y del amor de Dios. La llama que no sube de continuo, que debilita o pierda su luz, toca ya a su fin, se extingue o se esfuma.

22. *Tened hambre de oración.*—No quisiera ver en vosotros más que una cosa: el deseo, el hambre, la dicha de la oración en nuestro Señor; sería un buen síntoma; si al estómago no apetece la comida, no la digiere, ni tiene hambre, es señal de que está enfermo.

La vida de santidad exige un régimen espiritual. ¡Guardadlo! Estad seguros de que vuestra alma se sentirá feliz cuando se alimente plenamente de Dios.

Tan sólo en la oración gustaréis de esa paz deleitosa, de esta calma, de este descanso que, a veces, se hace más sensible que en la Sagrada Comunión.

En la oración Dios nos alimenta; en la Sagrada Comunión a menudo alimentamos nosotros a Dios con el pan del sufrimiento y con el fruto laborioso de las virtudes. He aquí la razón por qué se sufre a veces después de la Sagrada Comunión.

23. *Medio infalible de santidad.*—¡Ea! Entregaos asiduamente a la meditación: es la brújula de la vida y el sustento de la virtud; es la gracia de la educación del alma por la gracia del mismo Dios; es el lema de vida para todo el día, que si lo cumplís os acarreará un día feliz.

No aflojéis nunca en este ejercicio fundamental, y no os extrañéis de que el demonio, vuestro enemigo, ataque contra él con tanta violencia.

24. Dice Santa Teresa: "Si (el alma) persevera en ella (en la oración), por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que

ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación". Y San Alfonso M.ª de Ligorio, dice: "La meditación y el pecado, no pueden vivir hermanados".

No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos. Y cosa extraña: cuanto más seca, árida y acompañada de tentaciones sea la meditación, es tanto más fructuosa y perfecta, porque se convierte en calvario expiatorio y santificador; las penas que le acompañan se convierten en fuerza de adquisición de las mayores virtudes y en fuente de las más ricas gracias.

Cuando se posee el espíritu de oración se tiene todo: es el remedio de todos los males.

25. *Para orar bien.*—Para conseguir resultados prácticos en la oración deberá hacerse con alma y cuerpo alerta y cuando todo se halle en nosotros en paz y recogimiento. Orad antes de cualquier otro acto... Dejad de lado antes de la oración todos los ejercicios que pudieran distraeros... Y para poder sacar mayor provecho, hacedla en un lugar tranquilo y silencioso. Por eso los contemplativos buscaban los desiertos y las cuevas de las rocas, los lugares más solitarios de la casa o de la iglesia. De esta manera se siente uno más cerca de Dios. Tened un método preferido de oración que sea como el alma de todos los demás.

Todos los métodos conducen al amor, no hay duda, pero, con todo, se ha de seguir el movimiento interior de la gracia, así como el atractivo de la devoción a la Pasión y al Santísimo Sacramento.

26. *Pidamos ayuda a Dios.*—No olvidemos nunca estos dos principios: primero, que el estado de nuestra alma en la oración depende de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, habéis de meditar (y hacer lo que podáis) según las disposiciones del momento, que regulan y dan la forma a vuestros actos.

En segundo lugar, tened entendido que el éxito sobrenatural de vuestra oración depende de la gracia de Dios y, por tanto, no debéis pensar que dependa de vuestras bellas reflexiones ni de vuestros sentimientos fervorosos.

Claro que hemos de hacer lo posible, ejercitando nuestras facultades delante de Dios, pero en la convicción de que nada podremos hacer sin la ayuda de Dios.

Id, por consiguiente, a la oración como pobres niños y veréis lo bien que os sentiréis. La oración no es ni debe ser más que el ejercicio humilde y confiado de nuestra pobreza espiritual. Y cuanto más pobres nos sintamos, tanto más derecho tendremos a la caridad divina. Este pensamiento ha consolado a muchas almas que sufren.

27. *Somos mendigos de Dios.*—"La oración —dice San Agustín— es el ejercicio de nuestra mendicidad ante Dios".

¿Qué hace un mendigo y cuáles son sus virtudes? La primera, la humildad; por eso queda a la puerta y emplea modales humildes; la segunda, la paciencia: sabe esperar, no se enfada por nada, se sirve de las humillaciones y repulsas para hacerse más elocuente; la tercera, el agradecimiento, que le abre todas las puertas y acaba por hacerse querido y estimado.

Sed también vosotros los mendigos del Señor; servíos de vuestras distracciones, de vuestras sequedades, de vuestros mismos pecados como de títulos para que Dios derrame sobre vosotros los tesoros de su infinita bondad.

28. *Resoluciones positivas.*—En la oración no andéis divagando; tomad resoluciones positivas. Proponeos combatir un mismo defecto o practicar una misma virtud durante quince días, tres semanas, etc. Cierto que no siempre tendréis ocasión de practicar la virtud opuesta a ese defecto; pero siempre podréis practicar actos positivos de la misma y pedírselo a Dios.

Tened a vuestra disposición un libro que os guste; leedlo hasta que algún pensamiento os impresione y podáis evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo...

La gran resolución que debéis formular es ésta: disposición a aceptar pronta y amorosamente, y tan pronto como Dios os señale, los sacrificios de desprendimiento que El os pedirá en el curso del día.

Hecho esto no os resta más que vigilar el momento del sacrificio, o mejor todavía, estar siempre dispuestos a decir a Dios: Dios mío, mi corazón está pronto a cumplir vuestra santísima voluntad.

Pero este estado de alma debe ser libre, sin esclavitud ni amedrentamientos; es la vela del amor; el amor no se cansa, vela

en el sueño, vela en el trabajo; toda su perfección consiste en hacerlo todo como Dios quiere y según el espíritu de Dios.

29. *Una deliciosa contemplación.*—Mas para llegar a esta oración llena de vida es necesario trabajar mucho en olvidarse a sí mismo y en no buscarse a sí mismo en la oración. Sobre todo se ha de simplificar el trabajo del espíritu con la contemplación sencilla y sosegada de las verdades divinas. Porque, en efecto, Dios nos atrae tan sólo por su bondad y nos une consigo por esos dones tan suaves de su amor.

El corazón compara todos los bienes y se entrega al mayor bien conocido y saboreado.

Aspirad en la oración a nutriros de Dios, más que a purificaros o humillaros; a este respecto, alimentad vuestra alma de la verdad personificada en la bondad de Dios para con vosotros, de su ternura y amor personales.

El secreto de la verdadera oración consiste en profundizar la acción y el pensamiento de Dios en su amor para con nosotros. Entonces el alma, admirada y extasiada, exclama: "!Qué bueno sois, Dios mío! ¿Qué haré por vos? ¿Qué es lo que os agradaría?" Esta es la llama del fuego.

Cuando el alma llega a sentir esta realidad, la oración es, a no dudarlo, una deliciosa contemplación en la que rápidamente se desliza la hora.

30. *Hablad con Dios.*—Id a Dios con el corazón, con la expansión del corazón, con la conversación íntima del alma para que podáis adquirir esa paz que lo abarca todo, ese sentimiento de Dios que lo suple todo, esa mirada amorosa a Dios que anima todo.

Sabed hablar con Jesús y María con esa intimidad con la que habláis con vuestra querida madre; aprended a dar a nuestro Señor cuenta detallada de vuestra alma, de vuestra vida; exponed a Dios lo que pensáis, lo que deseáis, lo que sufrís.

Hablad con nuestro Señor con sencillez, y, sobre todo, con sinceridad, como si hablarais con un amigo. Sed hijos generosos y cariñosos con vuestro buen Maestro.

En este trabajo del amor no habléis siempre; sabed callaros a los pies de Jesús; sentíos felices de verle, contemplarle, oírle, de estar junto a El. El lenguaje del amor es más bien interno que externo.

31. No necesita Dios de nuestras reflexiones ni de nuestras palabras para enseñarnos a amarle y otorgarnos su gracia. Con todo, quiere que hagamos cuanto podamos ante Su Majestad soberana y que le demostremos nuestra buena voluntad. Luego, cuando se agota nuestra pobreza, se llega hasta nosotros y nos concede sus gracias.

Cuando meditéis no reflexionéis tanto; ejercitaros más bien en actos de las virtudes. Por ejemplo, cuando meditéis en la Pasión, haced ante todo actos de amor al contemplar todo lo que el Señor ha sufrido por vosotros. Después formulad un acto de agradecimiento por haberos amado tanto y sufrido tanto por vosotros.

A continuación, ofrecedle vuestros sufrimientos, y particularmente los que sufráis en aquel momento y pedidle gracia y amor para sufrir y padecer por su amor.

Recurrir, asimismo, a la Santísima Virgen y a los santos pidiéndoles intercedan por vosotros para conseguir las gracias que anheláis, y tomad la resolución de sufrir callando tal o cual sacrificio...

Pedid a la Santísima Virgen la gracia de la oración: ésta es la gracia de las gracias. (Ibíd. Págs. 581-586.)

32. *La primera y principal de las virtudes.*—La oración debe ser no solamente la gracia de vuestra santidad, sino también su principal ejercicio y la virtud de las virtudes, puesto que esta virtud incluye todas las demás...

¡Ah! ¿Por qué no ponemos nuestra perfección en la oración? ¿Por qué no enderezamos nuestros estudios y virtudes a hacer mejor nuestra oración?... Cuando leáis un libro piadoso, leedlo únicamente para sacar de él nuevo alimento para la oración. Pues haciendo bien la oración, todo lo demás vendrá por añadidura. (Ibíd. Pág. 1.030.)

La oración, la oración incesante, o, expresándonos de otra manera: el hábito de la oración, es necesario a todo cristiano. En el Bautismo todos hemos recibido esta gracia, y el Espíritu Santo nos inspira que clamemos a Dios: *Abba, Pater:* ¡Padre, Padre! Este es el don de la gracia y todo nuestro poder, de manera que nada bueno podemos hacer, ni practicar ninguna virtud sin la

oración que nos consigue la gracia del bien y de la virtud. Porque la oración está en el fondo de todas las virtudes, y hasta la misma fe, principio de la justicia, no existe sin la práctica de la oración. (Ibíd. Pág. 858.)

El religioso que ora es un santo o llegará de seguro a serlo; el que no, nunca hará cosa de provecho.

Cuando se trate de recibir a un postulante, estudiad atentamente si siente el atractivo y el amor de la oración. Si es así, recibidle sin temor, aunque estuviese enfermo o imposibilitado; porque esos imposibilitados que oran son pararrayos a la vez que apóstoles que salvan al mundo. En cambio, nada se lograría con los otros aunque les hubiese tocado en suerte las más bellas cualidades naturales. (Ibíd. Pág. 862.)

33. *El mejor momento del día.*—El momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias después de la Comunión, porque tenéis entonces a vuestra disposición al Rey de los cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez, muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis.

Consagrad si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora. Sería mejor, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación, para prolongar el de la acción de gracias. Porque ¿cabe encontrar un momento más santo y más saludable que aquel en que poseéis a Jesús entero?

Es tentación corriente la de reducir la acción de gracias. Bien sabe el demonio lo que ésta vale, y el amor propio y la naturaleza temen sus efectos. Fijad determinado tiempo para la acción de gracias y nunca le quitéis ni siquiera un minuto sin una razón urgente.

La acción de gracias es absolutamente necesaria cuando no se quiere que un acto tan santo como la Comunión degenere en mera costumbre piadosa. "Estad persuadidos, decía San Juan Bautista de la Salle a sus religiosos, que en toda la vida no hay mejor tiempo (para tratar con Dios) que el de la Comunión y el que la sigue, durante el cual tenéis la dicha de tratar cara a cara y de corazón con Jesús".

El tiempo de la acción de gracias es, por tanto, para nuestra alma, el momento de disfrutar de Aquel a quien ha recibido y a

quien posee, de rendirle homenaje por lo mucho que nos ama, y al mismo tiempo de paladear las dulzuras confortantes de esta regaladísima posesión. Y no se trata, entenderlo bien, de satisfacer el egoísmo espiritual o una sensualidad más o menos mística; con ello no se hace más que cumplir con un doble deber que nos obliga con el divino Huésped de la Comunión que ciertamente merece nuestro aprecio y nuestras complacencias... (Obras E. pág. 260).

SAN ANTONIO MARIA CLARET (m. 1870)

San Antonio María Claret, fundador de los PP. Claretianos, o Misioneros del Corazón de María, fue Arzobispo de Santiago de Cuba, reformador del Clero, gran misionero popular, fecundo escritor y propagador de los buenos libros. Fundó la Editorial Religiosa y trabajó incansable en llevar a todas partes la instrucción religiosa por medio de libros, hojas y estampas que vendía y regalaba.

1. Yo bien sé, Señor, que el que tiene necesidad de sabiduría, basta que os la pida, y Vos la dais con largueza y, sin echarle en cara su indignidad, se la concedéis (Sant. 1,5); pero a veces por nuestra soberbia y quizá por flojedad, no acudimos a pedirla, y entonces nos hallamos privados de ella, aun aquellos que presumen de sabios y grandes teólogos. (Aut. 191.)

Para la práctica de la mortificación me ha servido mucho la gracia de Dios; he conocido la necesidad que tenía de ella para hacer bien a las almas y para tener bien la oración (Aut. 392.)

2. Tendré una capilla fabricada en medio de mi corazón, y en ella, día y noche adoraré a Dios con culto espiritual. Pediré continuamente para mí y para los demás. Mi alma, como María,

estará a los pies de Jesús escuchando sus voces e inspiraciones, y mi carne o cuerpo, como Marta, andará con humildad y solicitud obrando todo lo que conozca ser de la mayor gloria de Dios y bien de mis prójimos (Prop. 10-6-57).

Sabemos que por las oraciones de Santa Teresa de Jesús y de Santa María Magdalena de Pazzis se salvaron muchas almas, y se seguirán salvando por las oraciones de las monjas buenas y fervorosas. Por eso yo he sido muy inclinado a darles ejercicios y pláticas espirituales... A veces les decía que ellas tenían que ser como Moisés en el monte, y yo como Josué en el campo del honor; ellas orando y yo peleando con la espada de la divina palabra. Y así como Josué consiguió la victoria por las oraciones de Moisés, de igual modo la espero yo por las oraciones de las monjas. Y para más estimularlas las decía que después nos repartiríamos el mérito (Aut. 263).

3. Máximas que me he propuesto guardar: 1.ª: Comer poco y trabajar mucho. 2.ª: Dormir poco y orar mucho (Aut. 745).

El primer medio del que me he valido y valgo siempre, es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio (Aut. 264).

4. Cada día me levantaré a las tres, o antes si no puedo dormir, y me recogeré a las diez. Luego rezaré Maitines y Laudes y leeré la Santa Biblia hasta la hora de la meditación.

Tendré una hora de meditación.

Celebraré la Santa Misa y después estaré media hora en dar gracias y en pedir otras gracias para mí y para los demás (Aut. 645).

5. Cada día haré, al menos, una hora de oración mental por la mañana, o media por la mañana y media por la tarde.

Cada día me levantaré a hora fija, según el tiempo, y me pondré luego a pensar en Dios, y le ofreceré mis obras, palabras y pensamientos. Luego me ocuparé en la oración mental.

Antes de mediodía haré un poco de oración, como San Pedro, y el examen particular. A las 9, el Rosario, la cena, y luego el descanso (Prop. Ejerc. 1843).

6. El demonio no puede mirar con indiferencia al hombre que ora. Sabe que la oración es para el hombre lo que el alma es para el cuerpo, y lo que el agua para las plantas. Sabe que es la llave del cielo. Sabe, en fin, que la oración es para el hombre lo que las armas para el soldado; y así como el soldado sin armas está perdido, así también el cristiano está vencido sin el arma de la oración (Diál. Or.)

7. La oración es un manantial fecundo de todos los bienes y un tesoro inagotable capaz de cubrir todas nuestras necesidades. Es una escala por la que subimos a Dios y por la que hacemos que su Divina Majestad baje hasta nosotros. Es la llave que nos abre las puertas del cielo y nos facilita francamente la entrada en él... ¡Dios mío!, concededme el gran don de la oración, que es el más rico de vuestros dones y al mismo tiempo el más necesario. (Sermones.)

8. *María es la puerta del cielo.* —María es llamada por los Santos Padres la "escala del cielo", porque por medio de María bajó Jesucristo del cielo, y por medio de Ella suben los hombres al cielo. Y cuando la Iglesia dice que esta Reina incomparable es la puerta del cielo, nos enseña con estas palabras que todos los elegidos, justos y pecadores, entran en la mansión de la gloria sólo por su mediación.

Día sin oración, día perdido (Cit. B. M. S.).

SAN JUAN BOSCO (m. 1888)

San Juan Bosco, fundador de la Congregación Religiosa de PP. Salesianos *y el Instituto de las* Hijas de María Auxiliadora, *es el gran apóstol de la juventud del siglo XX, cuya primera bellísima flor de santidad fue uno de sus primeros discípulos: Santo Domingo Savio.*

1. La oración sea frecuente y fervorosa, y nunca de mala gana (Reg. p. Cas. 3).

Así como los manjares alimentan y conservan el cuerpo, del mismo modo las prácticas de piedad nutren el alma, fortaleciéndola contra las tentaciones. Mientras seamos observantes en las prácticas de piedad, nuestro corazón estará en buena armonía con todos. Por el contrario, comenzará a sufrir fuertes tentaciones en cuanto la negligencia en las prácticas de piedad empiece a abrirse paso en su corazón (Soc. S. Fco. Sal. 12).

Además de la meditación acostumbrada de por la mañana, hágase también media hora de meditación por la tarde (Ibíd.)

Hay que tener presente que la vocación religiosa se conserva únicamente con la oración. El que deja la oración dejará ciertamente la vocación; es necesario orar y orar mucho; por eso, además de la media hora de oración de por la mañana y otra media por la tarde, hágase todos los días la visita al Stmo. Sacramento y a María Santísima para obtener la perseverancia en la vocación (Sdad. S. Fco. Sal. 4).

2. Después de la santa comunión, dedicad por lo menos un cuarto de hora a la acción de gracias.

A lo largo del día tomad la hermosa costumbre de hacer alguna visita a Jesús Sacramentado. No importa que dure pocos minutos, pero que sea diaria, si es posible (Reg. p. Cas. 4).

En ningún caso omitáis la meditación de la mañana y una visita al Santísimo Sacramento a lo largo del día (Rec. conf. Dir.)

3. Cuando llegue el momento en que tengas que tomar alguna decisión, dirígete a Dios con especiales y frecuentes oraciones (El Jov. Crist. 25).

Para prevenir los asaltos del demonio, acordaos del aviso de Jesús: "*Esta clase de demonios* —es decir, la tentación contra la pureza— *no se vence sino con el ayuno y la oración*". Con el ayuno, o sea, con la mortificación de los sentidos, poniendo freno a los ojos y a la gula, huyendo del ocio, dando al cuerpo el reposo estrictamente necesario.

Jesucristo nos recomienda que acudamos a *la oración;* pero se trata de una oración hecha con fe y fervor, en la que no se ha de cesar hasta haber vencido la tentación.

Tenemos además un arma formidable en las jaculatorias, invocando los nombres de Jesús y de María. (El Jov. Crist. 7.)

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS (m. 1897)

Santa Teresita, hija más aventajada de la Mística Doctora de Avila, nos ha mostrado un camino nuevo, el Caminito de la Infancia Espiritual; el arte de convertir en extraordinario todo lo más ordinario: el camino de la sencillez y de la humildad.

Véase la "Historia de un Alma", "Novísima-Verba", "Consejos y Recuerdos", *etc., etc.*

1. ¡Qué grande es el poder de la oración! Se diría que es una reina que en todo momento tiene acceso libre al rey, y que puede conseguir todo lo que pide. Para que sea escuchada no es necesario leer en un libro determinadas fórmulas compuestas para cada circunstancia...

Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio de la tribulación, como en medio de la alegría. En fin, es algo sobrenatural que me dilata el alma y me une con Jesús (Hist. de un Alma).

2. La oración y el sacrificio constituyen todas mis fuerzas; son mis armas invencibles; conmueven los corazones mucho más que las palabras; lo sé por experiencia (Cartas).

Solamente podemos ser útiles a la Iglesia por la oración y el sacrificio (Novísima Verba 9 Jul.).

3. Con frecuencia, sin embargo, las gracias y las luces que recibimos de Dios se deben a algún alma oculta; porque Dios quiere que los Santos se comuniquen unos a otros la gracia, mediante la oración, para que en el cielo se amen con amor inmenso... ¡Cuántas veces he pensado que todas las gracias que yo he recibido se deben tal vez a la oración de algún alma

humilde que ha rogado por mí al Señor, y que sólo conoceré en el cielo! (Ibíd.)

4. No tengo valor para forzarme a buscar en los libros bellas oraciones; eso me da dolor de cabeza, y hay tantas... Además, son todas tan bonitas. No podría decirlas todas ni sabría cuál elegir; por tanto, hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, sin hermosas frases, y siempre me entiende (Manuscritos C. 25).

También, cuando rezo el Rosario, es inútil que me esfuerce en meditar los misterios, no consigo fijar en ellos la atención...

5. Para mí la oración es un arranque del corazón, una simple mirada lanzada al cielo; es como un grito de gratitud y amor, tanto en medio de la prueba como de la alegría; es, finalmente, algo grande, sobrenatural, que me ensancha el alma y me une a Jesús (Ibíd.)

He aquí mi oración: Pido a Jesús que atraiga a las llamas de su amor, que me una consigo tan estrechamente que sea él mismo quien viva y actúe en mí. Siento que cuanto más abrasa mi corazón el fuego del amor, más diré "¡atraedme!", y las almas que se me acerquen correrán también más de prisa al olor de los perfumes del Amado... (Manuscritos C. 35).

6. Todos los santos lo entendieron de esta manera, y más particularmente, quizá los que iluminaron el universo con la doctrina del Evangelio. ¿Acaso no fue en la oración donde los santos Pablo, Agustín, Juan de la Cruz, Tomás de Aquino, Francisco, Domingo y tantos otros ilustres amigos de Dios bebieron esa ciencia divina que arrobaba a los más grandes genios?

7. Un sabio dijo: "Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo". Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y sólo se hacía eco de una consideración material, los santos lo obtuvieron plenamente. El Todopoderoso les procuró un punto de apoyo: él mismo y sólo él, y una palanca: la oración que abrasa con fuego y amor. Así consiguieron levantar el mundo, y así lo levantan los santos todavía militantes y así lo levantarán también los santos del futuro (Manuscritos C. 36).

8. *Hemos de confiar en María:* Nunca ha dejado la Santísima Virgen de protegerme en cuanto la invoco. Si me viene una inquietud o un apuro, me dirijo en seguida a Ella, y siempre, como la más tierna de las madres, se encarga de mis intereses (Manuscritos C. 25).

BEATO JOSE MAYANET (m. 1901)

El beato J. Mayanet nació en Puigcercó (Lérida) el día 7 de enero de 1833, y ese mismo día recibe el santo Bautismo. De él dijo Juan Pablo II el día de su beatificación, que fue el promotor y profeta de la Sagrada Familia en España. Su espíritu y sus obras están presentes en la Iglesia y en la sociedad gracias a la labor de las dos familias religiosas que él fundó: la de los Hijos de la Sagrada Familia *y la de las* Misioneras de la Sagrada Familia de Nazaret.

Considera cuánta sea la obligación y necesidad que tiene el religioso de instruirse en el importantísimo ejercicio de la oración.

En verdad que la oración es la ciencia más sólida, la más vasta, la más elevada y útil al hombre viador, puesto que es la ciencia de la salvación eterna, el fundamento y sostén de la vida espiritual, el alimento del alma, el principio y apoyo de las virtudes; es, en fin, la ciencia de los santos, puesto que la oración ha sido siempre el objeto de su principal estudio y atención, su ocupación más grata, sus agradables delicias, su refugio en toda clase de empresas y otras necesidades. La oración es la ciencia del mismo Dios, porque en ella es donde se aprende a conocerle cual es y amarle como se merece, no menos que a conocerse el hombre a sí mismo y lo poco que vale por sus solas fuerzas.

La oración es la ciencia incomparable, la que más nos importa si queremos de veras el grado de virtud y de perfección que el Señor espera de nosotros... Y siendo esto así, ¿cómo dar

a entender y mucho menos a persuadir lo que nosotros no entendemos, si no estamos instruidos en todo lo que mira a la práctica de tan santo ejercicio? ¿Cómo inspirar amor y estima al medio más a propósito de santificación, si nosotros no sabemos valernos del mismo? ¿Comprendes ahora, oh alma devota, cuán sagrado y necesario es para ti el estudio de la oración? No dudes que, quien no estima la oración es porque vive en tinieblas o ha perdido la razón (Obras Selectas, pág. 608-9).

¡Oh si conociesen los mortales lo mucho que se complace Dios con aquellas almas que le buscan en la oración y las muchas y preciosas gracias que en ella reciben los que la frecuentan! ¡Oh, ciertamente que este ejercicio sería mucho más estimado y practicado de lo que es ahora, y no serían tantos los engaños y asaltos del demonio contra la pobre humanidad! (Ibíd. 613).

Considera cómo la oración es del todo indispensable, pues sin ella es imposible salvarse, como se desprende de las palabras del Divino Maestro dirigidas a los Apóstoles: *Velad y orad para no caer en la tentación...* (Jn.16,24). Con lo cual quiso decir: "Tan necesaria es la oración, que sin ella, atendida la flaqueza de la carne, seréis arrastrados por la tentación y caeréis en el pecado" (Ibíd. 616).

SANTA GEMA GALGANI (m. 1903)

Santa Gema nació en 1878 en la aldea de Camigliano, en Italia, cerca de la ciudad de Luca. Estando un día en la catedral de Luca oyendo predicar a los Padres Pasionistas, Jesús le prometió que ella también sería pasionista y que uno de aquellos pasionistas sería su director espiritual.

Santa Gema no escribió ningún libro, pero conocemos su doctrina a través de su Epistolario, su Autobiografía y sus Extasis, recogidos por su director, el padre Germán.

El Angel de la Guarda me reprochó sobre todo mi desgana en la oración... Me avisó de que Jesús iba a permitir al demonio

me diera un grave asalto, por haber sido durante algunos días algo descuidada en mis oraciones. Me avisó también que el demonio haría lo indecible para impedirme orar (Diario, lunes 20 de agosto).

Esta tarde, mientras hacía oración, el Angel de la Guarda se me ha acercado y tocándome en la espalda me ha dicho: "Gema, ¿cómo tanta desgana para la oración?" Respondí: "No es desgana; hace unos días que no me hallo bien". El añadió: "Cumple con diligencia tu deber, y ya verás cómo Jesús te ama más todavía" (Ibíd., lunes 6 de agosto).

¡Oh, Jesús!: Un poco de oración: He aquí la respiración de mi alma. ¡Qué cambio de afectos el que haremos en el cielo! ¡Oh, qué grande alegría en el cielo...! ¿Quién podrá, Jesús, entender tus amorosos designios?... ¡Jesús!, tienes que darme un poco de más amor al sufrimiento, o a lo menos un poco más de paciencia... (Extasis 80).

SAN JUAN KRONSTADT (m. 1908)

San Juan de Kronstadt (1829-1908), sacerdote ruso, fue célebre por sus obras de caridad y su don de curar, e igualmente como predicador y director espiritual. Su diario Mi vida en Cristo, *fue publicado en muchos idiomas. Fue canonizado en 1964 por el santo Sínodo de la Iglesia Rusa Ortodoxa.*

Dos fuerzas diametralmente opuestas actúan en mí: la fuerza del bien y la fuerza del mal; la fuerza de la vida y la fuerza de la muerte. Como son espirituales, las dos son invisibles. Al despertar por medio de una oración sincera y libre, la fuerza buena vence a la fuerza del mal; porque el poder del mal no surge sino del mal agazapado en mí. Para evitar la influencia glacial del espíritu malvado, siempre debemos mantener en nuestro corazón la Oración de Jesús: "Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí". De este modo, frente al demonio invisible se

erige el Dios invisible; frente a aquel que es poderoso, nos defiende Aquel cuyo poder es infinito. (Sublimidad de la Oración Interior, pág. 144. Buenos Aires, 1989.)

BEATO MANUEL DOMINGO Y SOL (m. 1909)

El Beato Manuel Domingo y Sol nació en Tortosa el año 1836. Trabajó con todo empeño por el fomento de las vocaciones sacerdotales. En 1883 fundó en Tortosa la Congregación de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Hoy ya son en España 300 miembros, repartidos por unas 24 casas.

103. La fidelidad a la oración, que es práctica esencial, constituye la base de todos los otros medios de santificación.

104. Comuniones espirituales a lo largo del día. Ejercicio de presencia de Dios. Examen sobre él. Prescripción espontánea de medios para adquirirla. Obrar como sacerdote en todas las circunstancias de la vida.

742. No deje la hora de oración diaria y, siempre que tenga alguna tentación, tranquilícese enseguida diciendo al Señor que usted no hará sino lo que se le mande, aunque sea con repugnancia.

743. Cada operario tenga una hora de meditación al día, que procurará cumplir por la mañana después de levantarse a ser posible. Cuando las tareas son muchas, podrá bastar media hora; pero conviene que no *baste* muchas veces.

744. Si somos fieles a nuestra hora prescrita, sobre todo a la hora entera, aunque sea con tibieza a nuestro parecer, y aunque nos sea siempre costosa, tenemos asegurada nuestra fidelidad a todas las demás prácticas de la Hermandad, porque es la que nos dará más luz para nuestra conducta.

745. Los santos —algunos de ellos ocupadísimos— tenían tiempo, como San Francisco de Borja, para encontrar seis, siete y ocho horas.

746. Si no experimentamos en mucho tiempo la unción de la gracia en esta práctica, temamos ser nosotros la causa, o por la desidia o mala disposición en ella, o por alguna pasión; si lo examinamos lo conoceremos.

747. El ejercicio interior de expiación y sacrificio y de compasión a Jesús es el más eficaz para repararle y el más propio del operario, el que debe animar sus penitencias y sufrimientos y hacer fructuosas todas sus obras.

748. Sólo una constante presencia de Dios puede preservarnos de peligros de desificación, y una continua oración y humildad, dejarnos tranquilos de remordimientos.

749. Nuestra vida ha de ser el amor y reparación al Corazón de Cristo Jesús lo mismo en nuestros actos particulares que en los de nuestro ministerio.

750. Al oír la hora, salutación angélica y comunión espiritual acompañada de un brevísimo examen.

751. Visita diaria (ante el sagrario), de un cuarto de hora de reparación y por las necesidades espirituales y temporales de nuestros colegios, rogando al Señor desvíe de ellos a los que no sean llamados por su voz.

752. Jesús multiplicará sus bendiciones en proporción de nuestros actos de reparación, celo y sacrificio.

753. La hora santa, prescrita a los operarios los jueves, es prenda de muchas bendiciones. Conviene nos animemos a ella con la idea de la fidelidad a la gracia.

754. ¿Qué hacer en la hora santa? Apropiarnos de los sentimientos de Jesucristo trasladándonos a la noche que precedió a su Pasión. Llenarnos de celo por los intereses de su corazón.

762. Cuando las tentaciones nos persigan y las dudas nos aflijan, una visita silenciosa al tabernáculo, aunque nos parezca no tener fe y estar en tinieblas, nos devolverá la alegría y la paz.

763. Constante oración. Servicio de Dios alegre y agradecido, a pesar de los trabajos, los agobios y el malestar.

764. Cuando estemos de mal humor, vayamos un momento al sagrario y digamos a Jesús que aún no hemos sido dignos de ser mártires.

765. Con cinco minutos de pensamiento en la eternidad y una visita al sagrario, desaparecen todas las melancolías.

766. Si sobreviene entre vosotros algún rozamiento desagradable, con cinco minutos de pensamiento en la eternidad y una visita a Jesús Sacramentado, desaparece toda dureza de corazón.

956. Oración mental: A ser posible, inmediatamente por la mañana, pues la experiencia nos enseña dos cosas. Primera: los tropiezos que el enemigo pondrá para que la difiramos o perdamos, en nuestra vida de multiplicada tarea. Segunda: que la infidelidad a la oración nos remorderá, nos dejará un vacío, nos quitará la libertad de acercarnos filialmente a Dios.

957. Oración vocal: Que los que dirigen el Rosario, etcétera, no vayan de prisa. Luego harían lo mismo en las parroquias y pasaríamos nosotros mucho purgatorio si no los previniéramos, en cuanto podamos. (La Palabra de Mosén Sol.)

SAN PIO X (m. 1914)

Con el Papa Pío X en el pontificado empezaba el siglo XX, y a mitad del siglo, ya fue elevado a los altares. Reformó la Curia Romana; favoreció la formación del clero; codificó el Derecho Canónico; condenó el modernismo; repartió pan y catecismo, y, sobre todo, fue el Papa de la Eucaristía, *instituyendo la Comunión diaria.*

1. Algunos piensan que la perfección de un sacerdote debe basarse en la entrega completa de sí mismo al servicio de los demás, sin cuidarse de las virtudes llamadas *pasivas*, concentrando todas sus energías en las virtudes *activas*. Este criterio es absolutamente erróneo, pues como dijo nuestro predecesor León XIII: Cristo es el Maestro y ejemplo de toda santidad, y por tanto, toda santidad verdadera tiene que estar modelada sobre El... La primera parada esencial para adquirir la santidad es la oración: debemos rezar y rezar cuidadosamente.

2. Tan íntima es la conexión entre la santidad y la práctica de la oración, que la primera no puede existir sin la otra. El propio ejemplo de Cristo predica elocuentemente esta doctrina. El se pasaba las noches en oración. Frecuentemente rezó en el templo, y hasta en la agonía de su muerte rezó con una fuerte voz y con lamentos al Padre...

Esto, pues, podemos tenerlo como cierto e incuestionable, que un sacerdote para ser lo que su oficio le exige, tiene que dedicarse a la práctica de la oración... Ningún sacerdote debe abandonar esto sin grave descuido y considerable perjuicio para su propia alma. Esto es la base esencial para sostener nuestras perspectivas y nuestros fines sobrenaturales... Quienes sean tan locos que piensen que el tiempo dedicado a la oración es tiempo perdido, sufren una ceguera mortal que les conducirá al orgullo, a la contumacia y a otras perturbaciones que prefiero no mencionar. (Cit. Eugene Boylán. La Piedad Sacerdotal.)

3. Puesto que la vida de santidad es también fruto de nuestra voluntad, en cuanto ésta es fortalecida por Dios, Dios mismo ha provisto abundantemente para que, si queremos, nunca nos falte la acción de la gracia; y ello se obtiene con la continua oración. Sí, entre la oración y la santidad hay una conexión tal que en manera alguna puede hallarse la una sin la otra *(Exhortación al clero; 4-8-1908).*

SANTA RAFAELA DEL SAGRADO CORAZON (m. 1925)

Santa Rafaela M.ª Porras y Aylló, fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón, es una santa de nuestros días. Santa Rafaela fue un alma de profunda vida de oración. La beatificó el papa Pío XII el 18 de mayo de 1952, y el papa Pablo VI la proclamó santa el 23 de enero de 1977, asistiendo a su canonización muchas de sus hijas las Esclavas, sus familiares y cristianos llegados de todas partes del mundo.

No te abatas nunca por parecerte que la carga que llevas es sobre tus fuerzas, que tienes a tu favor a Dios que te la impuso, y es todopoderoso; y así, ¿qué tienes que temer? Cuantas más dificultades se te presenten, más confianza en su Divina Majestad y más recurso a ella con confianza de hija, y no temas.

Más que rezar mucho, ora mucho; acostúmbrate a no poder pasar sin contarle muchas veces al día a Dios todas tus penas, con la confianza ciega de ser consolada, y dejar depositadas en sus manos todas las dificultades al parecer insuperables que se te presenten; que yo te aseguro que por los medios impensados las verás en un momento allanadas, porque Dios es el que todo lo puede, y si conviene para nuestro bien, sin duda ninguna lo ha de hacer. No dudes del Señor.

Tú eres muy prudente y así lo harás, pero yo te lo quiero decir. Que no canses a los de tu casa con rezos, que se hacen sin devoción. Con el rosario, la letanía, credo y salve, basta. Omite la cadena de "Paternoster" que por ahí se suele añadir. Y lo mismo en la mesa. Un "Pater" bien rezado agrada más a Dios que cinco de mala gana. (Cta. 442 a su cuñada, Dolores Aguado.)

BEATA ANGELA DE LA CRUZ (m. 1932)

Esta gran santa sevillana nació el 30 de enero de 1846. De joven trabajó en un taller de zapatería; intenta ingresar en las MM. Carmelitas Descalzas, pero no es aceptada por su falta de salud. Ingresa en las Hijas de la Caridad, pero su salud empeora y tiene que volver a su taller. Al fin, dirigida por un santo sacerdote, el P. Torres, decide hacerse monja en el mundo y funda la Compañía de la Cruz, consagrada a la oración y a ayudar a los más necesitados.

En la oración y el trato con su Dios, es donde el alma, sin ser vista de nadie, es bañada de una luz que la hace ver toda la grandeza de las virtudes *(Escritos Intimos, BAC, 386).*

Cuando se ora con esta intención, con esta confianza, y con esta humildad, esperando que nuestro Padre celestial mande lo que sea para obedecerle, no, no es posible que nuestro buen Dios permita que nos veamos confundidos *(Ibíd., 318)*.

A las cuatro y media... la hermana... leerá la meditación y tendrán una hora de oración hasta las cinco y media *(Ibíd. 334)*.

Concluida la doctrina irán al oratorio, rezarán las tres Avemarías del *Angelus* y en seguida otra hora de oración hasta las ocho; sigue el dar gracias a Dios con las oraciones de por la mañana, y examen como al mediodía *(Ibíd., 340)*.

La oración debe ser continua, a imitación de los ángeles *(Ibíd., 250)*.

PIO XI (m. 1939)

El cardenal Achille Ratti fue elegido papa con el nombre de Pío XI el 1922, a la muerte de Benedicto XV.

1. Ante este odio satánico contra la religión, que recuerda el "*mysterium iniquitatis*" de que nos habla San Pablo (2 Tes. 2, 7), los solos medios humanos y las trazas de los hombres no bastan, y Nos creeríamos, venerables hermanos, faltar a nuestro apostólico ministerio si no señaláramos a la humanidad los maravillosos misterios de la luz, que encierran ellos solos en sí la fuerza de sojuzgar las desencadenadas potencias de las tinieblas. Cuando el Señor, bajando de los esplendores del Tabor, sanó al jovencito atormentado del demonio, que los discípulos no habían podido curar, a la humilde pregunta que le hicieron: "¿Por qué no lo pudimos echar nosotros?", respondió con las memorables palabras: "Esta clase de demonios no se echa sino con oración y ayuno" (Mt. 17, 20-21).

Parécenos, venerables hermanos, que estas divinas palabras se deben precisamente aplicar a los males de nuestro tiempo, que sólo mediante la oración y la penitencia pueden conjurarse...

La oración quitará, además, hasta las mismas causas de todas las dificultades presentes y las ansias insaciables de los bienes terrenos. Porque el hombre que ora, mira hacia lo alto, o sea, a los bienes del cielo, que medita y desea; todo su ser se inmerge en la contemplación del admirable orden puesto por Dios, que no conoce la manía de los éxitos ni se pierde en futiles competencias, y así, casi por sí mismo, se restablecerá el equilibrio entre el trabajo y el descanso...

2. Acordándonos, por tanto, de nuestra condición de seres esencialmente limitados y absolutamente dependientes del Ser Supremo, recurramos ante todo a la oración. La fe nos enseña cuánta es la eficacia de la humilde, confiada y perseverante oración; a ninguna otra piadosa obra fueron hechas por el Omnipotente Señor tan amplias, tan universales, tan solemnes promesas como a la oración: *"Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán; porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, encuentra, y al que llama se le abrirá" (Mt. 7, 7-8). "En verdad, en verdad os digo, todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, se os dará" (Jn. 16, 23).*

¿Y qué objeto más digno de nuestras súplicas y más correspondiente a la persona adorable de Aquel que es el único "Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (1 Tim. 2, 5) que implorar la conservación en la tierra de la fe en el solo Dios vivo y verdadero? Tal petición lleva en sí parte de su consecución, puesto que cuando uno ora se une con Dios y, por decirlo así, mantiene ya viva en la tierra la idea de Dios. La persona que ora, con su misma humilde posición manifiesta al mundo su fe en el Creador y Señor de todas las cosas; uniéndose, además, con otros en oración común, reconoce con ello que no solamente el individuo, sino también la sociedad humana, tiene un supremo y absoluto Señor sobre sí. ¿Qué espectáculo más hermoso para el cielo y para la tierra que la Iglesia en oración? (Enc. Caritate Christi, 3-5-1932).

3. El secreto de todo, la llave de todos los tesoros, la llave de oro insustituible, es la oración, que consiste principalmente en elevar de continuo el alma a Dios y mantenerla cerca de El, siempre en conformidad con Dios (4-3-1928 a unos universitarios).

PIO XII (m. 1958)

Eugenio Pacelli nació en Roma en 1876 y a los 63 años fue elegido papa, tomando el nombre de Pío XII y ocupando la Sede Romana por el espacio de 19 años, hasta 1958, siendo el que hizo el número 260 como sucesor de San Pedro. Durante su pontificado fomentó de forma decisiva el desarrollo teológico, pues apenas hubo tema religioso que no tratase en sus escritos apostólicos.

A) Necesidad de la oración

1. *En la Edad Media, a pesar de todas sus deficiencias, la vida pública estaba ennoblecida por la oración.*—Ciertamente, no hay por qué desconocer las deficiencias de la vida religiosa durante la Edad Media y siglos siguientes; pero toda la vida pública, en todas las clases sociales, estaba acompañada, animada y ennoblecida por la oración; hasta podría decirse que aun la misma sociedad educaba, criaba y mantenía en la oración al cristiano. El esplendor de Roma como ciudad orante se halla atestiguado por la historia y es conocido y descrito por los peregrinos que durante los años de jubileo afluían a ella en grupos numerosos desde todas las partes del mundo. Los sepulcros de Pedro y Pablo fueron la meta de innumerables ansias y deseos para muchos santos y santas, para espíritus ardientes que, junto a las sacras aguas del Tíber, aprendieron los cantos litúrgicos y los himnos devotos de adoración a Dios, para luego hacerlos resonar en su patria y en otras tierras, en sus iglesias, en sus soledades y en sus monasterios. (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943.)

2. *Mas, en nuestros tiempos, la educación del pueblo se ha desviado del camino que conduce a la Iglesia y a la oración.*—Mas los tiempos recientes presenciaron la decadencia de aquella piadosa y exuberante práctica de la oración, y la educación del pueblo, en las familias y en las escuelas, se desvió del camino que conduce a la Iglesia y a la oración. Verdad es que semejante proceso suscitó, como

reacción, una fuerte falange de católicos que, avezada a luchar contra corriente y a desdeñar todo desprecio, prefirió siempre alzar su corazón y sus manos a Dios mediante la oración; pero al propio tiempo, por contraste entre el bien y el mal, surgió un grupo no pequeño de otros que, más preocupados de lo material que de lo espiritual, se habituaron a separar perniciosa y funestamente de la vida pública, profesional y social toda práctica religiosa. Finalmente, de ahí nació, aumentando sin cesar, la muchedumbre de los que ya no oran ni alzan su pensamiento a Dios. (Ibíd.)

3. *Hay quienes piensan que la oración es un incienso que conviene dejar a las mujeres, como si el hombre no tuviera la misma naturaleza y no menos frágil.*—Hay jóvenes que piensan que en el mundo, a partir de cierta edad, la oración es un incienso cuyo oloroso humo conviene dejar a las mujeres, lo mismo que ciertos perfumes de moda; otros acuden en alguna ocasión a la misa, cuando les es cómodo; pero se creen, a lo que parece, demasiado grandes para arrodillarse, y no lo bastante místicos, como dicen algunos, para acercarse a la sagrada comunión. Tampoco faltan muchachas jóvenes que, aun habiendo sido educadas con todo cuidado por sus madres o por buenas religiosas, se creen eximidas, una vez casadas, de las más elementales normas de prudencia. Lecturas, espectáculos, bailes, distracciones peligrosas, todo les es permitido. Pero en una familia verdaderamente cristiana, el marido sabe que su alma es de la misma naturaleza y no menos frágil que la de su mujer y la de sus hijos; por eso añade a la de éstos su oración diaria, y así como se complace en verlos en torno suyo en la mesa familiar, no deja de acercarse con ellos a la mesa eucarística. (*Discurso a los recién casados*, 24 de julio de 1940.)

4. *El Apóstol ha de imprimir en las conciencias la necesidad de la oración, para acompañar a todas las cosas criadas en la alabanza a Dios.*—¿Qué significan y qué piden a todo apóstol esas condiciones tan tristes y tan dolorosas? Significan la decadencia y el olvido de la idea del alma y de Dios en el pueblo cristiano, y piden remedio para el mal, sugiriendo el camino que ha de seguirse para vencerlo, esto es, hacer que en las conciencias,

sobre todo de los hombres, reviva la saludable y necesaria convicción de que la oración no sólo es un deber del espíritu, sino también una obligación de honor. Si todo el mundo visible canta las alabanzas de Dios con potentes acordes que, desde el cielo hasta la tierra, resuenan en sublime armonía por los espacios del universo, ¿cómo podría el hombre, a quien el Creador da *ver claramente su eterna potencia y divinidad en sus obras* (Rom. 1, 20), substraerse al gran coro de los cielos y de todas las criaturas que a su alrededor están, y eximirse del deber de bendecir a Dios, de adorarle y de alabarle? (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943).

5. *Sin la oración, nadie puede observar por largo tiempo la ley de Dios y evitar la culpa mortal.*—Surge de aquí la luz de otra verdad, que vuestra palabra hará que penetre en la mente y en la conciencia cristiana: la absoluta necesidad de la oración. Es doctrina católica que nadie puede por largo tiempo observar la ley de Dios y evitar la culpa mortal sin el auxilio de la gracia; por otra parte, Dios nos previene con su gracia sin nuestra cooperación; pero, según las normas ordinarias de su acción salvadora, exige luego la cooperación del hombre, en primer lugar con la oración. *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem!* (Mt. 26, 41). Luego podemos afirmar que la misma norma de fe no cambia de valor si, sustituyendo la palabra "oración" por el término "gracia", decimos: Sin la oración nadie puede observar por largo tiempo la ley de Dios y evitar la culpa mortal. Preguntad, amados hijos, en cuántos cristianos se halla viva, de hecho, esta verdad luminosa y fundamental y cuántos caminan a la luz de ella, conformando a su guía los pensamientos, los afectos y las obras; y recurrid a estos primeros e inconmovibles principios de la vida personal religiosa cuando instruyáis a los fieles para orar bien (*A los párrocos y a los cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943).

6. *No se ha de reducir la oración a unos minutos en la semana, sino que hay que orar siempre, sin intermisión.*—Efectivamente, podéis estar convencidos de la necesidad de la respiración del alma; es decir, de la necesidad de orar; pero podríais sentiros inclinados a creer que basta una vez a la semana, como, por ejemplo, en la misa del domingo, o una vez al día, como, por ejemplo, antes de acostaros.

Sin embargo, el divino Maestro ha dicho a todos: *Debéis orar siempre* (Lc. 18, 1), y ha hecho que sus apóstoles repitan a todos la misma invitación: *Orad sin intermisión* (1 Thes. 5, 17).

Amadísimos hijos: ¿queréis ser realmente cristianos, ser hombres y no máquinas o, a lo más, instrumentos de producción? Haced que vuestra oración no sea solamente algún momento del día o algunos minutos de la semana. Sabéis por experiencia que ninguna ocupación, ningún trabajo o fatiga interrumpe el ritmo de vuestra respiración; aun dormidos, se sigue respirando, y ¡ay de vosotros si no fuera así! Y ¿por qué no ha de pasar lo mismo con la respiración del alma, que es la oración? (*Discurso a un grupo de ferroviarios*, 8 de junio de 1952).

7. *La práctica continua de la oración se logra ofreciendo a Dios, al comienzo de cada día, nuestros pensamientos, palabras y obras.*— Pero acaso preguntaréis: ¿Cómo es posible en la práctica esta respiración continua del alma? ¿Cómo es posible orar cuando se está trabajando o cuando nos estamos cansando, cuando comemos o lloramos, cuando gozamos o sufrimos?

He aquí, amados hijos, un método sencillo y fácil, probablemente muy conocido ya por muchos de vosotros. Al empezar el día, ofreced al divino Corazón vuestros pensamientos, palabras y obras, vuestras alegrías y dolores, en unión con aquellas intenciones por las que El mismo se inmola cotidianamente sobre el altar (Ibíd.)

8. *Y renovando el ofrecimiento, en cuanto es posible, durante el día.*—Esta oferta, renovada, en cuanto es posible, durante el día, especialmente antes de los actos más importantes, nunca retrotraída, ni siquiera implícitamente, con acciones contrarias a ella, basta para que vuestra vida de todos los días sea una continua oración. ¿Quién podrá decir cuántas gracias actuales esta vida vuestra, así transformada y sublimada, os podría obtener de Dios, gracias que descenderían como lluvia de bendiciones sobre el monte árido y desolado? ¿Qué aumento de gracia santificante procuraría a las almas en esta vida y qué aumento de gloria en la eternidad?

Así, el maquinista, el jefe de tren, el revisor, el expendedor de billetes, el guardagujas, el telegrafista, los empleados todos,

con su jornada de trabajo, dondequiera que el deber los llame, sin buscarse una fatiga más, sino con el mismo trabajo y con la misma fatiga, pueden cooperar con Jesús en la salvación de las almas y ayudar al mundo a hacerse mejor. Entonces ya no se daría el espectáculo de una tierra casi convertida en un infierno, donde los hombres están cansados de habitar (Ibíd.)

B) Cómo ha de ser nuestra oración

9. *La verdadera oración del cristiano, enseñada por Jesús, se preocupa de todos los intereses espirituales y materiales de los hombres.*—La verdadera oración del cristiano, enseñada por Jesús a todos, pero que por un título especial es la vuestra, esencialmente es oración de apostolado. Reúne ella en sí la santificación del nombre de Dios, la venida y la difusión de su reino, la filial adhesión a las disposiciones de su amorosa providencia y a su voluntad redentora y glorificante; por lo tanto, todos los intereses materiales y espirituales de los hombres: el pan cotidiano, el perdón de los pecados, la unión fraternal, que no conoce odios ni rencores; el auxilio en las tentaciones para no sucumbir a ellas, la liberación de todo mal. ¿De qué otra plenitud puede venir tamaño cúmulo de favores sino de los tesoros de Dios, de aquel Dios que se digna otorgarlos a nuestra oración? (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943).

10. *En la oración deben pedirse las gracias terrenales después de las espirituales.*—¿Qué habéis, pues, de hacer? Habéis de inculcar a los fieles que —aun pudiendo y debiendo orar por el "pan cotidiano" también y por las necesidades de esta vida— en la oración deben pedirse las gracias terrenales y temporales después de las espirituales, y que ninguno puede estar seguro de ser escuchado en la petición de los bienes pasajeros de este mundo, porque, al ignorar si lo que desea ha de contribuir a su bien supremo, ha de entregarse necesariamente con fe y humildad a la santísima voluntad de Dios, que bien sabe qué le conviene mejor para esta vida y para la otra. Por lo tanto, en el primer lugar de toda vida cristiana digna de tal nombre está el adorar a Dios y el implorar de El los bienes sobrenaturales y eternos.

Nuestra patria está en los cielos (Phil. 3, 20); allá debemos alzar la mente y el deseo; acá abajo, aspirar a la eternidad con la fe, que todo lo vence, la que animaba a los primeros cristianos en medio de las persecuciones y de las angustias y que debe subyugar e inflamar también los corazones de nuestros fieles y vivificar su oración, haciéndola espiritualmente íntima y limpia de todo afecto no ordenado al fin supremo. (*A los párrocos y a los cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943.)

11. *A veces no conseguimos lo que pedimos porque no oramos con perseverancia.*—¿Por qué —se puede aún preguntar— no obtenéis tantas veces lo que pedís? Porque, mientras el Espíritu Santo os inspira y os mueve a orar, cesáis vosotros de seguir su inspiración y el movimiento que El os imprime y no continuáis en la constancia de la oración, haciendo que ésta no obtenga el efecto esperado. Nuestro Señor ha dicho y repetido que la oración perseverante es infaliblemente oída; porque el perseverar es una insistencia que hace violencia a su Corazón y triunfa. El, que ve las cosas y sus consecuencias desde más alto y desde más lejos y contempla todo el bien que vuestras almas obtienen de las oraciones prolongadas, de los deseos confiados, de las humillaciones ante El, de la animosa fe que sostiene vuestra constancia, no quiso prometer la inmediata concesión del favor pedido. ¿Y por qué? Porque tiene un corazón más que de madre, de aquella avisada y tierna madre que no duda denegar el alimento a su querido hijo y dejarlo también llorar un poco, porque sabe que la leche que éste quería obtener en seguida, le ayudará más esperando un rato (*A los recién casados: sobre la eficacia de la oración*, 9 de julio de 1941).

12. *Además de pedir lo que conviene a nuestra alma, con perseverancia, hay que hacerlo piadosamente.*—La oración tiene que ser, por lo tanto, un pedir lo que está bien para nuestras almas, un pedirlo con perseverancia; pero también un pedirlo piadosamente: tal es la tercera condición que pone Santo Tomás para la eficacia de la oración, entre las cuatro que señala: "pro se, necessaria ad salutem, pie et perseveranter" (cf. *Sum. Theol.*, 2-2 q. 3 a. 15 ad 2). ¡La oración piadosa! ¿Cuál es? No es la oración hecha de puro sonido de palabras, con la mente y el corazón

vagantes, con los ojos desparramados por todas partes, sino la oración recogida que se anima ante Dios de filial confianza, se ilumina de fe viva, se impregna de amor hacia El y hacia los hermanos; es la oración hecha siempre en gracia de Dios, merecedora siempre de vida eterna, humilde siempre en su misma confianza; es la oración que, cuando vosotros os arrodilláis ante el altar o la imagen del Crucifijo o de la Virgen Santísima en vuestra casa, no conoce la arrogancia del fariseo, que se enorgullece de ser mejor que los otros hombres, sino que, a semejanza del pobre publicano, os hace sentir en vuestro corazón que todo lo que recibiréis no será sino pura misericordia de Dios hacia vosotros (Ibíd.)

13. *Dios nos escuchará si nuestra oración confiada va avalorada por la humillación y la penitencia.*—Este es el misterio del corazón de Dios, el gran misterio del cristianismo. Dios, con su infinita y amorosa misericordia, que se expansiona sobre todas las criaturas (Ps. 144, 9), nos escuchará —en el momento y en la manera que su bendita Providencia tenga dispuestos— si a los pies de su trono asciende unánime la oración confiada y ardiente, avalorada por la humillación y la penitencia; porque pertenece a la suprema eminencia de la bondad y de la caridad divina no sólo distribuir el ser y el bienestar a todos, sino también escuchar en su liberalidad los piadosos deseos que se expresan por medio de la oración. ¿Acaso el Hijo de Dios encarnado no nos ha llamado amigos y discípulos suyos? (cf. Io. 15, 15). ¿Y no es mérito de la amistad que quien ama quiere que se vea saciada el ansia del amado? (*En el día de súplica universal*, 24 de noviembre de 1940).

C) Por quiénes debemos orar

14. *A ejemplo de Cristo, debemos orar cada día al Señor por todos los miembros de su cuerpo místico.*—De una manera muy particular mostró nuestro Redentor su ardentísimo amor para con la Iglesia en las piadosas súplicas que por ella dirigía al Padre celestial. Puesto que —bástenos recordar sólo esto— todos conocen, venerables hermanos, que El, cuando estaba ya para subir al

patíbulo de la cruz, oró fervorosamente por Pedro (cf. Lc. 22, 32), por los demás apóstoles (cf. Io. 17, 9-10) y, finalmente, por todos cuantos, mediante la predicación de la palabra divina, habían de creer en El (cf. Io. 17, 20-23).

Imitando, pues, este ejemplo de Cristo, roguemos cada día al *Señor de la mies para que envíe operarios a su mies* (Mt. 9, 38; Lc. 10, 2), y elevemos todos cada día a los cielos la común plegaria y encomendemos a todos los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo. Y ante todo a los obispos, a quienes se les ha confiado especialmente el cuidado de sus respectivas diócesis; luego a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas, quienes, llamados a la herencia de Dios, ya en la propia patria, ya en lejanas regiones de infieles, defienden, acrecientan y propagan el reino del divino Redentor. (*Mystici Corporis Christi*, 46: Col. Enc., p. 735.)

15. *En las presentes circunstancias es necesario orar por los gobernantes de los pueblos.*—Y principalmente en las presentes circunstancias parece ser, más que oportuno, necesario que se ruegue con fervor por los reyes y príncipes y por todos aquellos que, gobernando a los pueblos, pueden con su tutela externa ayudar a la Iglesia, para que, restablecido el recto orden de las cosas, *la paz, que es obra de la justicia* (Is. 32, 17), emerja para el atormentado género humano de entre las aterradoras olas de esta tempestad, mediante el soplo vivificante de la caridad divina, y para que nuestra santa madre la Iglesia pueda llevar una vida quieta y tranquila, en todo piedad y castidad (cf. Sap. 6, 23), (Ibíd., 48: Col. Enc., p. 737).

16. *En la oración que hagamos por la conversión de los demás, interviene la terrible posibilidad de que ellos resistan a las potentes gracias de Dios.*—Piadosa, perseverante, sobrenatural, la oración que hagáis por vosotros mismos será siempre oída, asegura el Doctor Angélico, pero ¿y en relación con los demás, para aquellas almas cuya salvación tanto queréis, cuya compañía esperáis y anheláis en la felicidad celeste, almas del esposo, de la esposa, del hijo, de la hija, del padre, de la madre, de los amigos y de los conocidos? ¿Cuánto vale para ellos vuestra oración? ¿Cuánto hace ante el trono de Dios?

Aquí, sin duda, interviene aquella terrible posibilidad, inherente al libre arbitrio del hombre, de resistir a las gracias potentes y multiformes que vuestras oraciones hayan obtenido para

aquellas almas. (*A los recién casados: sobre la eficacia de la oración*, 9 de julio de 1941.)

17. *Pero los misterios infinitos de la misericordia de Dios vencen nuestros pensamientos, y por eso siempre debemos orar por otros.*—Pero los misterios infinitos de la omnipotente misericordia de Dios vencen todos nuestros pensamientos y permiten a todas las madres aplicarse a sí mismas las palabras de un piadoso obispo a Santa Mónica, que imploraba su ayuda y derramaba gran abundancia de lágrimas ante él por la conversión de su hijo Agustín: "No puede ser que un hijo de tantas lágrimas se pierda": "Fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat" (cf. San Agustín, *Confess.*, 1.3 c. 12). Y aun cuando no se os concediera ver en esta vida con vuestros ojos el triunfo de la gracia en las almas por las cuales habéis orado y llorado tan largamente, vuestro corazón no deberá renunciar a la firme esperanza de que en aquellos misteriosos instantes en los que, en el silencio de la agonía de un moribundo, el Creador se prepara a llamar a sí el alma, obra de sus manos, su inmenso amor no haya obtenido al fin, lejos de vuestras miradas, aquella victoria por la que vuestro agradecimiento le bendecirá allí arriba eternamente (Ibíd.)

18. *Que los sacerdotes y los fieles pidan por las misiones.*—Os repetimos la llamada y la exhortación del divino Redentor a sus apóstoles, diciéndoos también a vosotros: *Alzad los ojos y ved los campos, porque ya blanquean para la siega* (Io. 4, 35). *Mucha es la mies, pero pocos los obreros. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies* (Lc. 10, 2). ¡Pocos son los obreros! Vastas circunscripciones misioneras están confiadas a muy pocos obreros evangélicos. ¡Rogad, pues, al Señor de la mies! Y primeramente orad al Señor para que se digne suscitar muchas vocaciones misioneras; y no sólo vocaciones de sacerdotes, sino también de hermanos coadjutores, de religiosas y de catequistas. Que todos los sacerdotes consagren una parte de sus oraciones a esta intención, tan santa y altísima; oren, sobre todo, las órdenes contemplativas, y los fieles, al rezar el rosario, tan recomendado por Nuestra Señora de Fátima, no dejen de invocar a María Santísima en favor de las vocaciones misioneras. (*Carta encíclica al episcopado portugués*, 13 de junio de 1940.)

D) La oración por la Iglesia

19. *De Cristo aprendió la Iglesia a orar por el primer Papa.*—Sí; oraciones a Dios son vuestros deseos navideños, dirigidos al cielo para que desciendan sobre Nos el divino auxilio y bendición. Contra las insidias de Satanás opuso nuestro Señor su oración por Pedro, y le dijo: *Yo he rogado por ti para que no falte tu fe* (Lc. 22, 32); y la oración de Cristo fue atendida por el Padre, que siempre escucha a su Hijo amado. De El aprendió la Iglesia primitiva a orar por el primer Papa, cuando Pedro se hallaba entre cadenas, separado de la grey de Cristo e impedido en el ejercicio de su ministerio pastoral (Act. 12, 5): *Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo.* (*Alocución al Sacro Colegio*, 24 de diciembre de 1941.)

20. *Y también hoy el consuelo más tranquilizador del Papa está puesto en la asistencia del Señor y en la oración de toda la Iglesia.*—Hoy, cuando, de una parte, los inevitables efectos de la guerra, y de otra, diversas causas han alzado, como una barrera de hierro, obstáculos tales, que en algunas regiones son ya casi invencibles contra el contacto inmediato, constante y eficaz entre el Pastor y la grey, todo nuestro consuelo más profundo y tranquilizador está colocado en la esperanza de la extraordinaria asistencia del Señor y en la oración de toda la Iglesia que la implora. Vuestra promesa de súplicas a Dios, que nos ofrecéis con el espíritu de la ardiente juventud de la Iglesia, es para Nos preciosa prueba de aquella íntima y sublime unión con que la Cabeza y los miembros se estrechan, se animan, se alzan y se auxilian en el místico Cuerpo de Cristo, y al mismo tiempo es el don navideño más ansiado, con alegría acogido y con alegría contestado, que vuestro amor y vuestra devoción han podido presentarnos (Ibíd.)

21. *No se puede comprender plenamente el poder y efectos de la Iglesia si no se tienen en cuenta las oraciones y sacrificios de los fieles.*

No se puede, en verdad, comprender plenamente el carácter y el poder de la Iglesia ni medir adecuadamente los efectos beneficiosos de su acción si no se tienen en cuenta y en estima particular las oraciones y los sacrificios ofrecidos de esa suerte

por los fieles. La investigación histórica suele proponerse la ardua tarea de examinar y determinar hasta qué punto y qué grado la Iglesia, en los diversos períodos de su existencia, ha llegado a cumplir la misión a ella confiada. No pretendemos Nos en este momento ponderar las dificultades de orden general con que tropieza semejante valoración, como prescindimos también de la consideración de que parece casi imposible el encerrar de algún modo en los límites de fórmulas históricas el torrente tranquilo, pero siempre vigoroso, de la vida y acción cotidianas de la Iglesia aun en los tiempos tormentosos y decadentes. (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943.)

22. *Por eso ha de fallar necesariamente la investigación histórica sobre la Iglesia, porque la acción de ésta es sobrenatural.*—En un punto, sin embargo, falla necesariamente aquella investigación histórica. El fin propio de toda la acción de la Iglesia es sobrenatural; por ello tan sólo en el otro mundo será dado el conocer con luminosa claridad los grandes beneficios por ella aportados a la familia humana, así como el número de almas que ella ha conducido a Dios y a su eterna felicidad gracias a la oración y al sacrificio de Cristo y de los fieles a El unidos. Vosotros, sin embargo, amados hijos e hijas, podéis tener la conciencia alegre y segura de pertenecer como continuadores de lo pasado, como vanguardias de lo presente y de lo por venir, al ejército de los que, por los sacrificios y oraciones cotidianos, han cooperado, cooperan y cooperarán con Cristo a alcanzar aquel fin tan altísimo (Ibíd.)

23. *La Iglesia no podría tener esperanza sin una falange de almas que oran y hacen penitencia.*—Si ahora se encuentra la Iglesia frente a grandes deberes y a múltiples solicitudes —acción en favor de la paz, obras de caridad y de socorro a los que sufren, trabajo misional, atracción de los incrédulos a la fe, de los hermanos separados a la unidad de la Iglesia, de la civilización moderna a la honestidad de las costumbres cristianas—, ¿cómo podría ella tener la esperanza de llevar a término tan formidable empresa sin una falange de almas que oran y hacen penitencia, cuyas súplicas y sacrificios suben todos los días hasta Dios? A esa falange os habéis incorporado con vuestra promesa de fidelidad al Corazón del divino Salvador. *Pedid y recibiréis* (Ibíd.)

E) El Apostolado de la Oración

24. *La responsabilidad y el profundo dolor del Papa encuentran consuelo en el Apostolado de la Oración.*—Nos, con las manos elevadas hacia el cielo, sentimos gravitar sobre nuestras espaldas el peso de una indecible responsabilidad, oprimirse nuestro corazón con un profundo dolor que encuentra en vosotros, fidelísimos, el consuelo de que os mantengáis tan junto a Nos, uniendo vuestra oración a la nuestra, vuestros sacrificios a nuestros dolores, vuestras obras a nuestras preocupaciones. ¿No sois acaso vosotros quienes en el correr de cada mes dirigís "todas vuestras oraciones, vuestros trabajos, vuestros sufrimientos de cada día", por las grandes intenciones generales de la Víctima divina, por la reparación de los pecados y por las intenciones particulares que Nos mismo os damos por consigna?" (Ibíd.)

25. *Las intenciones mensuales del Apostolado de la Oración hacen desfilar ante la mente de los fieles todas las necesidades de los hombres.*— ¡Contemplad vuestras hojitas mensuales! ¡Qué amplitud y qué valor tienen para quien sabe usarlas como conviene y se merecen! Ellas hacen pasar y repasar sucesivamente ante vuestra mirada las angustias y los sufrimientos sobrenaturales o naturales, físicos o morales, personales o sociales; ellas os recomiendan por orden todos los países, todas las razas, todas las peculiaridades de la vida privada o pública; hacen desfilar ante vuestros ojos, ante vuestro pensamiento y ante vuestro corazón las obras que, con su variedad, se consagran a remediar todos los males, a responder a todas las necesidades, a satisfacer todas las aspiraciones justas y nobles. Os toca concentrar todos los meses vuestro espíritu en estas intenciones, para mejor comprender su importancia y urgencia, para conocer con mayor perspicacia y amor las miserias que piden socorro, los generosos sacrificios que esperan les dediquéis. ¡Cuán aptas son estas intenciones para ensanchar el horizonte de vuestro espíritu, para elevar y ennoblecer los afectos de vuestro corazón! (Ibíd.)

26. *La gran incertidumbre por el triunfo en la lucha entablada entre el amor y el odio incita a mayor oración y sacrificio.*—Y así, no os contentaréis con vuestra hojita mensual. Con santa curiosidad